

á fin de alentar á los franceses. Alabó Adriano el celo de este Príncipe, mas no aprobó su ligereza. Recordóle que era muy propio de la urbanidad y de la sabiduría, antes de entrar en un dominio extranjero, esperar, si no un llamamiento formal, á lo menos el consentimiento de los Príncipes y de los pueblos del pais (1). „Debeis traer á vuestra memoria, le di-

de virtudes, dejó una memoria muy agradable á la posteridad, principalmente por su celo en defender la Religion. Réstablació muchas iglesias catedrales, enriqueció todas las de sus reinos, y fundó diferentes monasterios del orden del Cistér. Murió en Fresneda á 21 de Agosto de 1157, y dejó sus estados divididos en sus dos hijos, D. Sancho que fue Rey de Castilla, y D. Fernando de Leon y Galicia.

Durante el largo reinado de D. Alfonso, se tuvieron en España doce concilios provinciales en diferentes ciudades del reiuo, en todos los cuales se trataron los puntos de disciplina que necesitaban de alguna reforma, y se establecieron decretos y cánones para el mayor lustre y buen régimen de nuestra iglesia. Florecieron tambien por el mismo tiempo muchos santos é ilustres prelados, entre los cuales son venerados con culto público San Oton, obispo de Urgel, San Raimundo de Balastro, San Oldegario, arzobispo de Tarragona, San Pedro, abad de Moreruela, San Martin de Soure, San Isidro Labrador y su muger Santa María de la Cabeza, Santa Radegundis y San Aston, natural de Badajoz, quien en su juventud fue á Roma á visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles, y dejando el mundo se hizo monge en el monasterio de Valleumbrosa, donde llegó á ser general, y despues obispo de Pistoya. Dejó este ilustre prelado algunos monumentos de su sabiduría, entre los que se cuenta un libro de la traslacion y milagros del Apóstol Santiago, patron de España, otro de la vida y milagros de San Juan Gualberto y muchos sermones y cartas. Véase Mariana lib. 10 y 11, y Ferreras tom. 5.

(1) *Epist.* 23.

ce, el viage de Jerusalem que emprendisteis otra vez con el Rey Conrado, sin haber consultado á los fieles que estaban en aquellos lugares, ni haber tomado por otra parte bastantes precauciones. Conocéis las funestas consecuencias de esta empresa y las quejas á que dió causa en la iglesia romana por haber condescendido á ella." Hizo uso el Rey Luis de esta sabia lentitud, y la expedicion diferida al parecer por entonces, jamás tuvo efecto.

19. Habiendo corrido por entonces la voz de que los árabes iban á acometer la villa de Calatrava en Castilla con un egército formidable, los templarios, que tenian en su poder la ciudadela, la entregaron al Rey Sancho III, temerosos de no poder salvarla (1). Aterró tambien á este Príncipe el peligro que hacia temblar á una gente tan esforzada. Residia sin embargo en Toledo, donde estaba la corte, un monge de Fitero del orden cisterciense, llamado Diego de Velasco, con Raimundo su abad. Era de sangre noble, habia seguido la carrera de las armas, y la profesion monástica nada le habia quitado de su antiguo valor. Dijo á su abad que él daría al Rey buena cuenta de la plaza si se la quisiese confiar; y habló en un tono y con un aire de tanta seguridad, que obligó al abad á hacer esta proposicion al Rey, y á que este accediese á ella. Partieron sin dilacion el monge y el abad á tratar del asunto con el arzobispo de Toledo, el que aprobó tambien su designio contribuyendo con sus bienes á la egecucion, y con-

(1) *Roder. lih. 7. cap. 14. Marian. lib. 11. cap. 6.*

cediendo á todos aquellos que tomasen las armas con este fin el perdon de todos sus pecados, es decir, indulgencia plenaria, la primera que sabemos haber otorgado un obispo.

Velasco no tardó en verse al frente de veinte mil hombres, y partió con Raimundo á encerrarse en Calatrava, á quien los árabes ni siquiera osaron insultar. Muchísimos de estos guerreros abrazaron el instituto cisterciense; pero bajo de un hábito particular, y conveniente á los egercicios militares. Raimundo hizo venir de su abadía los religiosos, los criados, los muebles y aun los ganados. Dejó solamente á los enfermos y algunas personas en un todo precisas para el cuidado de la casa: y espiró poco tiempo despues venerado como un santo. Estos fueron en 1158 los principios del órden militar de Calatrava, que en lo sucesivo sirvió de modelo á otros muchos (*). Aprobóle su Santidad Alejandro III, que en el año siguiente sucedió á Adriano IV.

20. Antes de la muerte de Adriano, su querella con el Emperador Federico, que mas bien hemos dejado adormecida que estinguida, volvió á resucitarse para sobrevivir con nuevo ardor á este Pontífice, que

(*) La narracion de Berault acerca de la institucion del órden militar de Calatrava, concuerda con la de nuestros historiadores, con sola la diferencia que estos atribuyen la mayor parte de la empresa á San Raimundo, abad de Fitero, y no al monge Diego Velazquez ó Velasco. Con la institucion de esta órden y aun antes que muriese su primer abad San Raimundo, tuvieron los moros de España un nuevo y muy terrible enemigo, á quien jamás pudieron superar. Véase Mariana lib. 11, cap. 6.

transmitió á su sucesor la Cátedra de San Pedro hecha el blanco de la ambicion, de la perfidia, de la cábala, de las agitaciones mas crueles y de todos los precursores funestos del cisma y de la discordia (1). Cuando los prelados de Lombardía reconocieron que habian recibido del Emperador los derechos de regalía, habia escrito el Pontífice Adriano á este Príncipe una carta muy comedida en las palabras, pero que respiraba por todos lados la amargura y el resentimiento. Además de esto el portador era un hombre comun que desapareció antes de poner fin á la lectura de la carta. No disimuló en la respuesta su descontento el Emperador; Príncipe jóven, naturalmente altivo y picado vivamente. Tomó el estilo de los antiguos romanos, puso en el título su nombre antes de el del Pontífice, y en el cuerpo de la epístola usa de la segunda persona del singular hablando de su Santidad, contra el uso introducido mucho tiempo antes de nombrar en plural las personas de honor á quienes se hablaba. Adriano se quejó altamente en su contestacion del menosprecio, de la injuria, de la infraccion de la fe jurada de que pretendia se habia hecho culpable Federico al exigir el homenaje de sus obispos, en vez de contentarse con el juramento de fidelidad. Por último, llegó al estremo de amenazarle con la pérdida de su corona, si no usaba de una conducta mas prudente. Contestó el Emperador con mayor altivez todavía, defendiendo que él debia su corona solo á Dios, que los Papas

(1) Rodev. lib. 11. cap. 15.

por el contrario, así como los obispos, debían sus bienes temporales á la liberalidad de los Príncipes: y que todas las máximas contrarias eran sugerencias de una codicia y de un orgullo detestables, que con grande escándalo de los pueblos se habían introducida hasta en la Cátedra de San Pedro.

21. Exaltándose los ánimos mas y mas con estos nuevos motivos, Everardo, obispo de Bamberg, juzgó que debía contener las consecuencias de un encono tan peligroso. Era este un prelado distinguido por su doctrina, por la pureza de sus costumbres y por una piedad tan prodigiosa que en las distracciones de los negocios públicos y aun de la guerra, ocupaban todo su tiempo el estudio y la meditacion de las divinas Escrituras. El Emperador con una confianza enteramente particular en sus consejos, dividía con él la direccion de sus estados. De esta suerte el prelado no tenía menos afición al honor y al bien del imperio que á los intereses verdaderos de la Iglesia. Escribió al Papa y le manifestó con libertad respetuosa cuanto debía temerse que las palabras duras de una parte y otra por un choque tantas veces reiterado, encendiesen un fuego cuyas llamas se estendiesen muy lejos en el sacerdocio y en el imperio: que no le parecía conveniente hacer tanto análisis y dar tanto peso á las palabras, y pedir con tanta instancia la razon: que valia mas extinguir el fuego cuanto antes, que disputar de que parte hubiese venido.

A pesar de estas representaciones, teniendo el Emperador una asamblea en su campo cerca de Bolonia,

envió á ella el Papa legados para repetir otra vez sus quejas. Pedían especialmente que los obispos de Italia no quedasen obligados á tributar homenaje al Príncipe, y que este reconociese que la magistratura y las regalías de Roma pertenecían á San Pedro. A estas demandas, aparentando el Emperador grande moderacion, respondió con esta ironía: „aunque yo no deba esplicarme sobre semejantes objetos sin haber tomado antes el consejo de los señores, no me detengo en decir anticipadamente, que yo no pido homenaje alguno á los obispos, no queriendo ellos poseer cosa alguna de mis regalías. Mas si se les dice: *¿qué teneis vosotros que hacer con el Rey?* Yo les diré alternativamente: *¿qué necesidad teneis de dominios?* En cuanto á lo que se acaba de decir de la magistratura y de las regalías de Roma, compréndase por mi respuesta todo cuanto este artículo me da lugar de pensar: yo soy Emperador de romanos por orden de Dios, y solo tendría un título vano si Roma no estuviese en mi poder.”

Haciéndose cada vez mas difícil el negocio por medio de estas negociaciones multiplicadas, y no habiendo apariencias de que el Pontífice ni el Emperador tuviesen la disposicion de desistir de su intento, solo podia esperarse un funesto rompimiento, cuando la muerte del Papa Adriano hizo una diversion á estos primeros temores. Murió en efecto pendiente este negocio en el dia primero de Setiembre de 1159, despues de haber ocupado la santa Sede cuatro años y cerca de nueve meses. Este Papa, uno de los mas ar-

dientes defensores de los intereses de la Iglesia, estuvo tan lejos de atesorar para sus parientes, que no les dejó ni siquiera un obolo. Después de su muerte, la madre que le sobrevivió no tuvo otro recurso en su vejez indigente que las limosnas de la iglesia de Cantorberi.

22. Seis días después de la muerte de Adriano, los cardenales y los obispos eligieron al cardenal Rolando, cancelario de la iglesia romana: el clero y el pueblo aprobaron su elección, y le dieron el nombre de Alejandro III. Solo hubo tres cardenales que no le dieron el voto, á saber: Octavio, Juan de Morson, y Guido de Crema, los tres eran sacerdotes, y bastante temerarios los dos últimos para intentar nombrar por sí solos á Octavio. Los que habian elegido á Alejandro, se dieron prisa á revestirle de la capa de escarlata, que era el hábito particular del Sumo Pontífice y la señal de la investidura del pontificado. Alejandro resistió y huyó por la iglesia, protestando su indignidad; pero consiguieron en fin revestirle. Entonces Octavio abandonándose á su despecho, arrancó la capa de los hombros de Alejandro; mas un senador indignado la arrebató de entre sus manos. Octavio habia premeditado la escena impía que presentaba su arrojó. Tenia preparada una capa que hizo traer con anticipación, y se la revistió con tal precipitación, que el que le precedia quedó atrás, lo que le hizo proclamar Papa por modo de burla con grandes carcajadas de risa. Mas no tardó en suceder lo trágico á lo burlesco: abriéronse de un golpe las

puertas de la iglesia, entró tumultuariamente mucha gente armada con espada en mano, nombrando á Octavio Víctor IV. El Papa Alejandro y los cardenales que le habian elegido entraron con dificultad en la fortaleza de la iglesia. Allí fueron inmediatamente atacados por gente armada, y la fortaleza fue para ellos una prision, de donde salieron únicamente para ser transferidos á otra mas estrecha al otro lado del Tiber.

Sin embargo, toda la ciudad se puso en conmoción: hasta los niños gritaban contra Octavio: las mugeres le cargaban de injurias, y le ajaban en sus canciones satíricas, no olvidando en ellas el modo ridículo con que se habia puesto la púrpura. Los cismáticos temiendo insultos mas serios, juzgaron á propósito poner en libertad al Pontífice y á los cardenales, los cuales se retiraron á los dominios del Rey de Sicilia. El 20 de Setiembre Alejandro fue consagrado allí segun costumbre por el obispo de Ostia. Octavio, habiendo buscado por espacio de un mes obispos para su consagración, fue en fin consagrado en 4 de Octubre por el obispo de Túsculo, que habia reconocido desde luego al Papa Alejandro, con asistencia de los obispos de Melphi y de Ferento.

23. Basta haber presentado á la vista estas dos elecciones para hacer palpable el crimen de la de Octavio. No parecia propio que Federico se hubiese manifestado su protector, á no estar habituados á ver representar tiempo habia estos papeles escandalosos por los Reyes de Germania. Mas lo que no deja de causar alguna sorpresa es, que una maniobra tan des-

tituida de colores plausibles pudiese alucinar á un Emperador político, juicioso y capaz de conciliar el despotismo que egirió en Alemania, con la consideracion que manifestaba tener á las decisiones de la dieta: Príncipe en quien los fuegos de la vanidad y las quimeras de la presuncion, casi siempre cedian á la razon despues de los primeros ímpetus: Príncipe en fin que al parecer no miraba como un juguete la Religion. Pero Federico habia concebido y fomentado por largo tiempo una fuerte aversion al Papa Adriano; y es muy de temer que la preocupacion contra un Pontífice se estienda contra otro, y aun contra la misma Cátedra pontificia, puesto que tambien pudo suceder que Federico conservase algun resentimiento particular respecto de Alejandro, el que habiendo sido enviado á este Príncipe por el último Papa sostuvo con gran firmeza intereses delicados que se habian confiado á su mediacion. Sea lo que fuese, el Emperador se declaró desde luego por el Antipapa, recibió muy mal á los nuncios que le envió el Papa legítimo, y no dió respuesta alguna á sus cartas. En ellas se le instruía no obstante de cuanto habia pasado, con una individualidad fácil de justificar estando tan cerca del lugar de la escena. No dejó de advertírsele que el Antipapa estaba ya cubierto de los anatemas de la Iglesia. Los cardenales escribieron por su parte, decidiéndose veintidos por Alejandro; es decir, todos cuantos habia entonces, á escepcion de dos, que eligieron desde luego á Octavio, y otros dos que le reconocieron despues.

Omitimos la larga relacion de todas las maniobras empleadas por el Emperador y el Antipapa, á fin de acreditar el cisma hasta en las naciones estrangeras, cuyos objetos pintados frecuentemente con sus verdaderos colores para imprimir el horror que merecen, no serian mas que repeticiones fastidiosas y sensibles á los oidos cristianos. Bastará para el orden y el hilo de la historia recorrer rápidamente esta triste parte. Federico y Octavio tuvieron algunos conciliábulos en Pavia y en Lodi, cuyas decisiones no dejaron de ser conformes á su voluntad: fue citado á ellos el Papa Alejandro; este rehusó comparecer, y fue condenado como contumáz. El Emperador obligó por un decreto lleno de amenazas á todos los obispos de sus estados á reconocer al Papa Víctor: muchos de ellos en Italia rehusaron obedecer, y fueron echados de sus sillas: todos los de Alemania tomaron alguna parte en el cisma, esceptuando el arzobispo de Salzburgo, San Everardo y el obispo de Brizzen, conducido siempre por las luces y virtudes de aquel: cualidades que resplandecian hasta en su rostro, y las cuales por confesion del propio Federico, le imprimieron constantemente un respeto tan religioso, que no se atrevió jamás á disgustar á este santo contradictor (1).

No fueron mas felices las pretensiones del Emperador con que intentó reducir á diversos Soberanos, principalmente á los Reyes de Francia y de Inglaterra. Estos tomaron con esfuerzo el partido de Ale-

(1) *Vit. Can. pag. 296.*

jandro en un concilio numeroso reunido en Tolosa, y compuesto de los obispos de ambas naciones, donde se rasgó fácilmente el velo de las imposturas que se habian empleado para sorprenderlos. Las tentativas del Emperador con respecto á la Gran Bretaña en particular, solo sirvieron para hacerle el objeto de la execracion pública (1). Debióse este desengaño á la relacion que hizo un sabio inglés, el cual aseguró haber sido testigo en tiempo del Papa Eugenio de que Federico habia prometido á este Pontífice someter toda la tierra á Roma, con tal que el Papa le auxiliase, escomulgando á aquellos á quienes el Emperador haria la guerra; y que desesperando de hallar un Pontífice legitimo capaz de semejante iniquidad, habia querido elegir uno que condescudiese sin pudor con sus ideas. El Rey de Jerusalem y otros muchos Príncipes siguieron el ejemplo de los de Francia é Inglaterra (2). El mismo Manuel, Emperador de Constantinopla, escribió al Rey Luis el Joven, que bajo su palabra reconocia á Alejandro por Papa legitimo (3). Hállanse otros muchos monumentos que comprueban la buena inteligencia entre el Papa Alejandro y el Emperador Manuel, de quien se cree con razon que no favoreció el cisma de la Grecia.

El Papa Alejandro por su parte hizo y sufrió lo mismo que hemos referido otras veces bajo los pontificados precedentes (4). Envió sus legados y su justificacion á diversos Soberanos de la cristiandad: ex-

(1) *Joan. Sarisb. ep. 59.* (2) *Guill. Tyr. lib. 8. cap. 19.*

(3) *Cinn. lib. 5. cap. 1.* (4) *Act. Alex. III. ap. Baron.*

hortó muchas veces al Emperador Federico á que desistiese de su error, le escomulgó, y declaró absueltos del juramento de fidelidad á los que se la habian prometido. Alejandro fue igualmente condenado y anatematizado por los cismáticos, dirigió sus quejas y manifiestos á los Príncipes y á las iglesias; y sus doctores publicaron una multitud de disertaciones y de apologías. El Emperador fomentó en Roma el espíritu de la cábala: la familia de Octavio, muy poderosa en Roma, redujo al Papa á estrañarse de ella, le quitó la mayor parte de los patrimonios de San Pedro, le puso asechanzas en todas partes, despojando y encarcelando á cuantos iban en su busca. Federico tomó y arruinó la ciudad de Milan, entre otras muchas, en venganza de la adhesion que el arzobispo y los cónsules profesaban al Papa: llegó á quitarles hasta las reliquias mas veneradas, tales como los cuerpos de los tres santos Reyes, cuya posesion suponian tener, y fueron transferidos á Colonia, donde se veneran en el dia. En fin, no pudiendo Alejandro vivir mas en la Italia con dignidad y seguridad, se refugió en un asilo abierto en todos tiempos á los Pontífices perseguidos.

24. Conoció las disposiciones particulares que tenia la Francia á su favor por medio del santo arzobispo Pedro de Tarentesia, que poco tiempo antes habia hecho venir cerca de su persona. Los religiosos del Cistér, antiguos compañeros del santo prelado, contribuyeron poderosamente á hacer reconocer al Papa legitimo, no solamente en los pueblos libres de